

RICARDO YEPES  
JAVIER ARANGUREN

# FUNDAMENTOS DE ANTROPOLOGÍA

UN IDEAL DE LA EXCELENCIA HUMANA

*Sexta edición*

**EUNSA**

EDICIONES UNIVERSIDAD DE NAVARRA, S.A.  
PAMPLONA

## 12. La cultura

### 12.1. ELEMENTOS DE LA CULTURA

«Originariamente, cultura es un término que apunta a *la acción de cultivar*; significa la acción mediante la cual el hombre se ocupa de sí mismo, no quedando en puro estado *natural*. De ahí la contraposición naturaleza-cultura. (...) Hombre culto es aquel que se *ha cultivado*»<sup>1</sup>. El término *cultivar* denota atención, *cuidado*. La primera dimensión de la cultura es la «interiorización y enriquecimiento de cada sujeto»<sup>2</sup> mediante el aprendizaje, «el amueblado y decorado de su mente y de su psique»<sup>3</sup>. Cultura significa por tanto tener conocimientos, *riqueza interior*, mundo íntimo. El origen de toda cultura es el núcleo creativo y afectivo de la persona, una sabiduría que crece hacia dentro, porque se cultiva, para después salir fuera.

Frente a la primacía de la exterioridad, el espíritu humano se caracteriza por saber habitar dentro de sí y crear un mundo interior, que no es soñado, sino vivido. Sólo en este habitar se encuentra la felicidad y la plenitud. Es el lugar del encuentro con la propia intimidad, retirada a un santuario interior, realidad creadora de la que brotan ideas, proyectos que acabarán saliendo al exterior. La persona humana ama el silencio porque le permite soñar, imaginar, escuchar su voz íntima, conocerse. El descubrimiento de la interioridad y su cultivo son el requisito para una verdadera *bildung* (formación)<sup>4</sup>.

Tener espíritu cultivado es saber leer las obras humanas, poder detenerse ante lo cotidiano que desvela algo majestuoso, descubrir la profundidad de lo que se

1. R. ALVIRA, *Reivindicación de la voluntad*, cit., 141.

2. *Ibíd.*, 197.

3. J. CHOZA, *Manual de antropología filosófica*, cit., 425.

4. Cfr. F. DELCLAUX, *El silencio creador*, Rialp, Madrid, 1969.

encuentra al alcance de la mano, no dejar que lo bello pase desapercibido, o que sólo se considere como interesante lo ruidoso, lo grande, lo llamativo o lo desproporcionado. Un gusto cultivado sabe de matices, llega a donde no puede hacerlo el ignorante.

En un sentido más estricto, cultura es cualquier manifestación humana. La capacidad de manifestar fue señalada como nota definitoria de la persona: es la expresión externa de la interioridad. La cultura está constituida por todas aquellas acciones mediante las cuales la persona se manifiesta.

La expresión humana se sirve siempre de una materia a la que añade una forma, que no estaba antes, y que lleva consigo un significado que procede de la inteligencia, y que manifiesta intenciones, deseos, etc. Lo que define al hombre como ser cultural es esta capacidad de revestir lo material, mediante una forma añadida, de un significado que procede del mundo interior y que ordena la obra humana a otra cosa distinta de ella misma. Por la cultura la mano es algo más que un miembro para coger: expresa saludo, acogida, fraternidad, cariño, o por el contrario violencia, hosquedad, etc.

Por la cultura aparecen también las *obras humanas*, los objetos que los hombres producen. Un martillo, las ventanas, la ordenación de una calle o de un campo, los caminos, las casas... Aparecen los útiles, los adornos, los objetos artísticos, la literatura, las cuentas corrientes, los abogados con sus leyes, aparatos médicos, el hormigón y las estructuras, etc. Todas éstas son formas añadidas a las realidades naturales.

Lo decisivo de la manifestación humana es que mediante ella el hombre *da forma* a las cosas e incrementa así el mundo natural, aumenta el número de realidades. El mundo en que habitamos está lleno de cosas que serían inexplicables sin la existencia del hombre. Un libro, sin lectores, sería un objeto sin finalidad; una clínica sin enfermos tampoco tendría sentido. Los seres humanos dotamos de significado a las nuevas realidades, enriquecemos el mundo, lo hacemos pasar de ser Tierra a ser el hábitat, la casa, el lugar donde se desarrolla nuestro carácter mundano.

A este conjunto de objetos culturales lo denominamos cultura en sentido objetivo. No son algo separado de la naturaleza, sino una continuación de ella. Nacen como modificaciones de seres naturales (una silla, por ejemplo), y se guardan junto a ella (dentro de la casa, o debajo de un árbol). *La cultura en sentido objetivo es una continuación de la naturaleza*: «el hombre es más que naturaleza, y por eso la continúa; esa continuación señala que el hombre es espíritu»<sup>5</sup>. Si el hombre resulta que es capaz de enriquecer lo que estaba dado biológicamente, es señal de que es capaz de superar la mera biología, lo natural: el carácter creador

5. L. POLO, *Quién es el hombre*, cit., 171.

del ser humano en la cultura es una razón muy importante para señalar que el hombre no se circunscribe al tiempo de lo biológico, que lo trasciende.

Además, la forma de los objetos culturales remite a algo distinto de ella misma. El ejemplo más claro es el lenguaje: se trata de voces articuladas o signos escritos, que portan en sí mismos un significado. Es decir, su carácter de signos implica la capacidad de superar su carácter físico (un ruido, unas rayas en el papel) para abrirse al mundo de los significados (entender el mensaje al que esos ruidos o rayas se refieren). El carácter simbólico de las obras humanas es algo convencional, es decir, libre y modificable: se fija el significado de una palabra, pero puede variar; el gesto de la amistad no es siempre el mismo (besarse, darse la mano, rozar la nariz, compartir sal). La cultura es libre, y por tanto, convencional, variable, histórica.

Así pues, se pueden distinguir en la cultura humana las dimensiones expresiva y comunicativa, productiva, simbólica e histórica que en la realidad se dan siempre unidas. A continuación trataremos algo más de cada una de ellas, de modo que de la consideración de todas obtengamos una visión algo más completa de la sorprendente capacidad creadora del hombre.

## 12.2. ACCIONES EXPRESIVAS Y COMUNICATIVAS

No siempre se considera de modo suficiente la función expresiva de la cultura. En realidad, la expresión del espíritu humano es la cultura misma. El científico tiene la tentación de *objetivar* la creatividad humana en sus obras, para así medirla y sacar del análisis leyes generales. Sin embargo, para entender cabalmente la cultura, es preciso no separarla de su autor, pues éste la crea inspirándose en las verdades, valores y fines que contempla desde su mundo interior. La cultura, antes de ser obra, es *tarea creadora*.

Esto ha sido percibido con toda exactitud por la escuela hermenéutica, que busca comprender al hombre e interpretar sus obras «desde dentro», sacando a la luz la inspiración y la imagen del mundo que las anima. La hermenéutica se convierte así en un método de comprensión e interpretación de culturas y épocas distintas a la nuestra, puesto que se pregunta por el espíritu que las hizo nacer y busca interpretar su sentido. En realidad cuando el hombre «lee» un libro, o contempla una catedral gótica lo que hace es interpretar y comprender su sentido<sup>6</sup>. Para entenderlo es útil preguntarse quién los «escribió», qué inspiración tenía y qué verdad pretendía expresar al hacerlo.

Es importante notar que la cultura no es sólo expresión de una subjetividad, sino *expresión de la verdad* vista por una subjetividad. Al interpretar una obra cul-

6. Sobre la hermenéutica, cfr. H. GADAMER, *Verdad y método*, Sígueme, Salamanca, 1977, 333 y ss.; L. POLO, *Introducción a la filosofía*, cit., 122 y ss.

tural hemos de buscar la verdad expresada, y a eso nos ayuda el comprender a la persona que la expresó. Pero si nos quedamos en esto último, la lectura de las obras culturales se convierte en pura erudición. No es así, sino que toda obra cultural lleva dentro una verdad que podemos llegar a comprender.

La función expresiva de la cultura destaca en aquellas acciones que tienen en sí mismas un sentido y una finalidad simultánea a su realización; es decir, aquellas en las cuales la presencia del espíritu hace que los bienes y sentimientos que expresan sean compartibles por otros. Son las *acciones comunes* por excelencia, puesto que las acciones expresivas no suelen obedecer sólo a un interés útil, sino que parece predominar en ellas una belleza que se comunica, que nace de la verdad expresada en ellas. Podemos intentar agruparlas, teniendo claro que todas ellas son *cultura*:

1) *Los gestos*. Saludar, sonreír, dar la bienvenida, etc., son la primera forma de lenguaje; a veces el silencio es más expresivo que la palabra: el hombre es el único ser que hace del callar un gesto característico<sup>7</sup>.

2) *El lenguaje hablado* expresa el pensamiento teórico y práctico. *Decir* palabras es usar términos que tienen un significado conocido por otros, es comunicarse. El lenguaje hablado es quizá la acción expresiva y comunicativa más importante en la cultura<sup>8</sup>.

3) *Las costumbres*, que son gestos repetidos muchas veces, que otorgan seguridad a la vida humana. Fácilmente se convierten en *ritos*: el rito de una comida de fiesta, o de una ceremonia nupcial. Las normas de cortesía son gestos rituales: dar los buenos días, levantarse del asiento al sernos presentado un desconocido, ceder el paso o el asiento del autobús, etc.

4) Algunos gestos son ya auténticas *acciones receptivas* porque implican *cultivar la atención* hacia algo, esperar o dirigirse hacia un ser que nos atrae. Las acciones receptivas son la manera de dirigir nuestra atención hacia el mundo, significan abrirse a él de una determinada manera. Suelen exigir *silencio*, pues éste es condición de la atención: sólo quien calla puede atender. El ruido mata el callar.

5) Otros gestos, frecuentemente acompañados de lenguaje hablado, son *donales*, porque otorgan un bien o un mal, como sucede con los actos propios del amor y del odio: enseñar, ayudar, cuidar, asentir, insultar, engañar, etc. Las acciones donales forman parte de las acciones *relacionales*, que se dirigen a los demás: desde firmar un contrato hasta pedir un billete. Acciones relacionales comunicativas<sup>9</sup> son las que establecen una relación interpersonal de cualquier tipo.

7. M. HEIDEGGER, *Ser y tiempo*, cit., &34, 184: «la silenciosidad es un modo del habla».

8. L. POLO, *Quién es el hombre*, cit., 154-166.

9. La reflexión de Heidegger (cfr. *Ser y tiempo*, cit., &41) sobre el «cuidado» del hombre acerca de lo que le rodea como una característica peculiar suya ha sido continuado por otros filósofos: cfr.

6) Dos tipos especiales de acciones relacionales íntimamente ligadas entre sí son *las acciones lúdicas y las acciones simbólicas*. Sobre ellas volveremos.

### 12.3. ACCIONES PRODUCTIVAS, TRABAJO Y PROFESIÓN

La expresión y la comunicación humanas se sirven siempre de una materia a la que añaden una forma nueva: dar forma a una materia es crear, producir una obra cultural. Desde esta perspectiva, la materialización del espíritu y la espiritualización de la materia es aquello específico del hombre que puede ser llamado cultura: el espíritu se vuelve objetivo (Hegel), deja huella, permanece; la materia recibe una forma de carácter inteligente que la espiritualiza y la reviste de significados y valores de los que por sí misma carece. Un cartel de «prohibido el paso», por ejemplo, sustituye al muro de cierre, y expresa un derecho del propietario: es una construcción cultural con valor real, nos obliga a detenernos, nos dota de responsabilidades.

Los objetos culturales sustituyen y apoyan el gesto y la costumbre, humanizan el mundo y la vida, llevan a significados que están más allá de lo que externamente esas cosas son: una mesa puesta en el comedor significa que es la hora de comer; si los cubiertos y vajilla son los buenos es que hay una fiesta; del mismo modo en una boda no se sirven macarrones con tomate: las cosas tienen significados, convencionales pero al tiempo necesarios. Un novio no le da a su prometida un anillo de hierro en la pedida; la «vajilla de la abuela» se guarda porque es un objeto que lleva al origen de la familia; del mismo modo se celebran los aniversarios, pues son días que merecieron la posibilidad de repetirse siempre.

Así el hombre, en cuanto que ser cultural, crea signos significativos, relaciones entre estos signos, plexos, redes, de significados. El trabajo, por tanto, no es sólo la actividad y el movimiento fatigosos mediante los cuales el hombre satisface sus necesidades, sino que es también su resultado: la organización, transformación y continuación del medio natural en el que el hombre vive; en definitiva, *la mejora del mundo*.

Por eso conviene destacar lo que se conoce como sentido o rendimiento subjetivo del trabajo<sup>10</sup>; esto es, aquel que se da en cuanto que el hombre disfruta y se perfecciona poseyendo el fruto de su tarea. La razón ya la dijo Aristóteles: «la obra es en cierto modo el hacedor en acto»<sup>11</sup>, es decir, el hombre ama su obra por-

R. SPAEMANN, *Felicidad y benevolencia*, cit., 254-255. Especialmente interesante es tomar como base de una teoría sociológica la capacidad relacional del hombre, como ha hecho P. P. DONATI en *Teoria relazionale de la società*, Franco Angeli, Milán, 1991.

10. J. CHOZA, *Manual de antropología filosófica*, cit., 485-495.

11. ARISTÓTELES, *Ética a Nicómaco*, 1168a 7.

que ama el ser, y su obra es una prolongación de su propio ser. Ésta es la señal de la *voluntad creadora* que todo hombre tiene: lo que yo hago queda. Si tengo un día feliz, pasa; si por ese día feliz escribo un poema, pinto un cuadro, entonces se queda pues lo puedo evocar. Si pasan los años, voy perdiendo la vida; si, en cambio, cada año es una obra hecha (un proyecto profesional, la familia, tener hijos, asumir los fracasos), esta obra queda, y yo soy reconocible en ella, y yo soy ella.

El hombre ama el trabajo cuando siente pasión por crear y poseer lo creado. Por el contrario, no lo puede amar cuando es sólo fatiga física, esfuerzo, mercancía entregada a cambio de un salario. Cuando el hombre no puede trabajar y llevar a cabo su obra, no alcanza su plenitud. Esto es reducirle al «paro antropológico», a ser una piedra, o un parásito que vive de subsidios o herencias. Esto no es aceptable y por eso trabajar es un derecho: es el cauce del desarrollo y la creatividad humanas. Y es que el hombre necesita algo más que subsistir: necesita perfeccionarse, y perfeccionar el mundo y la sociedad y eso se logra trabajando. «El trabajo es la forma más expresiva de la esencia total del ser humano»<sup>12</sup>.

La apropiación gozosa, mediante la creatividad, del fruto del trabajo sitúa a éste en un plano muy superior al de la subsistencia. Entender que el trabajo es el camino de la realización humana ha sido un descubrimiento extraordinario, pero tardío. Antes del siglo XVII el hombre concebía el cultivo del conocimiento como una tarea educativa «liberal», desvinculada del trabajo y superior a él. Por eso, la realización y perfeccionamiento humanos se efectuaban fuera del trabajo, en el ocio, a través de tareas no serviles ni productivas, sino morales, educativas y religiosas. Cada hombre tenía ya una tarea asignada por el lugar natural donde nacía, y sólo se esperaba de él que cumpliera bien la función que le había correspondido (ser buen artesano, buen rey o buena esposa). El trabajo no estaba vinculado al cultivo del conocimiento; era algo servil, instrumental y ceñido a la necesidad<sup>13</sup>, era algo que marcaba con un sello de indignidad la vida: el trabajador era el siervo; el señor estaba para otros menesteres. Del mismo modo, trabajar era un castigo y la bonanza se veía como un signo de bendición.

La cultura capitalista dio lugar a un largo proceso de afirmación del valor del individuo, en el cual el trabajo, junto al ejercicio de la libertad, pasó a ser una tarea central en la realización de todo hombre. Hoy en día, tras un largo proceso de liberación de la miseria proletaria y de conquista de libertades, se ha llegado a valorar seriamente la importancia de su finalidad. El trabajo no es ya una tarea servil, aunque necesaria, ni tiene una importancia meramente económica, como ocurría en el primer capitalismo, sino que es la actividad esencial para que el hombre se realice como hombre y ocupe el puesto que merece en la vida social. Es hoy la

12. A. MILLÁN-PUELLES, *Economía y libertad*, cit., 206.

13. ARISTÓTELES, en su *Política* (cfr. por ejemplo, el libro VII, 1329a 1-1333b 3), presenta su ciudad ideal organizada según estos principios.

tarea socializadora por excelencia. El hombre, mediante el trabajo, se convierte en *un profesional*, es decir, un «experto», competente para realizar tareas que no puede hacer cualquiera<sup>14</sup>.

Así, la profesionalidad es el criterio de retribución económica, pues recibe más aquel que hace mejor su tarea, por ser sus servicios profesionales más y mejor demandados. Y es la profesión y no el nacimiento, ni la clase social, la que distribuye a los hombres y les otorga el cauce de su propio perfeccionamiento y su lugar social. Todo esto presupone una organización social y una mentalidad cultural basadas en la libre iniciativa y responsabilidad de las personas. El mundo antiguo, que contenía valores hoy quizá olvidados, carecía, sin embargo, de estos principios de organización.

La tecnocracia y el funcionalismo tienden a identificar profesión con pericia técnica. En rigor, si el trabajo es el camino de la realización humana, habrá que ver la profesión como uno de los modos principales de llevar a la práctica los propios ideales y valores, y como una parte decisiva del propio proyecto vital. La consideración detallada de la virtud de la profesionalidad corresponde a la ética, y es hoy un tema de la mayor importancia, puesto que la correcta relación entre ética y profesión ayuda a realizar mejor esta última: la ética exige en primer lugar realizar bien el propio trabajo. Realizar bien quiere decir que la dimensión moral y la dimensión profesional del trabajo no son separables. Un trabajo no es verdaderamente bueno si no es también moralmente correcto. Se puede ser un gran técnico en el diseño de armas de destrucción de masas, o un perfecto traficante de drogas, o dirigir con eficacia una potente red de pornografía infantil. Pero el daño que esas actividades causan —en primer lugar al autor, en segundo al destinatario—, hace que en ellas se haya perdido el fin y el sentido de la tarea profesional: no se puede escindir la vida de la verdad sin pagar por ello la ruina de la propia existencia.

De aquí podemos tratar de señalar los principales tipos de acciones productivas:

1) La técnica, que se puede entender como medio de apropiación del mundo y como el conjunto de instrumentos con los cuales el hombre lo habita.

2) El conjunto de objetos simbólicos, no empleables en puro sentido técnico-instrumental, en los cuales se depositan los valores morales y religiosos de un pueblo. Es esto lo que se entiende coloquialmente por «cultura»: libros, monumentos, objetos ornamentales, museos, etc.

3) El lenguaje comunicativo, en cuanto que la palabra se deposita en soportes más permanentes que el habla. Tradicionalmente ha sido *la escritura*, en la cual se depositan los conocimientos teóricos (la ciencia), los prácticos (la técni-

14. Cfr. P. DRUCKER, *Las nuevas realidades*, Edhasa, Barcelona, 1989; D. BELL, «La empresa en el nuevo siglo», en *Atlántida*, 6, 1991, 133-142.



ca), y el saber narrativo. Hoy se puede hablar del lenguaje cinematográfico (que ha variado de una manera armónica con la sociedad y ha influido enormemente en los cambios de ésta), informático, etc.

4) La transformación de la *tierra* en *mundo* humano por medio del dominio sobre los medios naturales: agricultura, ingeniería, arquitectura, diseño, urbanismo, etc.

5) El mundo de lo económico, de la especulación, de los valores bursátiles, etc., es otro de los principales añadidos del hombre al mundo. El dinero y el sistema económico son las grandes concreciones de esa creatividad.

6) Por último, el derecho y el sistema de las instituciones.

El conjunto es portentoso: resulta comprensible la tentación de explicar al hombre como una mera función de este complejo sistema cultural y tecnológico que son sus obras. Pero es una tentación poco convincente si se piensa que es el hombre quien los ha construido, y que sólo él es capaz de hacer funcionar ese sistema correctamente. Lo decisivo es siempre la persona. No obstante, ocurre que muchos individuos experimentan una real sensación de alienación en cuanto que son subordinados a sus propias creaciones. Desde películas como *Metrópolis* (F. Lang) o *Tiempos modernos* (Ch. Chaplin) se ha denunciado esa reducción del hombre a *homo faber*. Hoy día basta con conocer ciertas fábricas que tienen las multinacionales textiles en países del Tercer Mundo, o el horario de trabajo de un ejecutivo de Wall Street (y lugares similares) para caer en la cuenta de que la realidad sigue siendo decepcionante.

#### 12.4. LOS SÍMBOLOS Y LAS ACCIONES SIMBÓLICAS

Todo objeto y acción cultural tienen una función simbólica, que remite el producto humano a otra cosa. Así sucede, de modo eminente, en el lenguaje. Función simbólica quiere decir, en primer lugar, *función representativa*, y ésta es algo propio de toda realidad cultural, en cuanto significa algo distinto de sí misma, o se remite a ello: un martillo está de por sí aludiendo a una mano que lo empuñe y a un objeto sobre el que golpear. En el martillo «vemos» de algún modo la mano y el clavo.

Trataremos de precisar lo que en rigor es un símbolo, puesto que así entenderemos mejor su riqueza<sup>15</sup>. Un símbolo en sentido estricto, por ejemplo, una bandera, se diferencia de una señal o signo natural (el humo es señal de fuego), de un signo artificial (un semáforo) y de un signo lógico (el signo matemático «+») por el hecho fundamental de ser una imagen que alude a un objeto ausente, dife-

15. Cfr. J. PEÑA, *Imaginación, símbolo y realidad*, cit., 41-98.

rente a él mismo. Un león rampante es la imagen de un animal, pero además simboliza el valor, *valentía*, porque el comportamiento del león se parece al del valiente. En cambio, los signos agotan su ser en aquello a lo que remiten. En un semáforo la luz verde o roja es una señal para actuar de un modo determinado. Si el semáforo no da luces verdes y rojas no sirve. Los símbolos son algo más que señales: son imágenes de algo, representan algo que no son estrictamente ellos mismos, son imagen con sentido. «Un símbolo es un objeto que, aparte de su propia significación inmediata, sugiere también otra, especialmente de contenido más ideal, que no puede encarnar perfectamente»<sup>16</sup>.

Por tratarse de un conocimiento más imaginativo que racional, el símbolo trae hasta nosotros una realidad ausente, pero de una manera oscura, imperfecta, sugerente. Remite a realidades diferentes a él mismo, muchas veces lejanas a nosotros, y por tanto todavía mal conocidas. El símbolo es un recurso que tiene el hombre para hacer presentes realidades que no puede o no quiere expresar de modo claro y distinto. Por ejemplo, los indios apaches se pintaban la cara para hacer la guerra, queriendo aparecer ante los enemigos como seres terribles. Una flor es símbolo de belleza y de amor, pero de una manera que apela a los sentimientos, no a la racionalidad lógica (lógicamente una flor es «lo que comen las vacas», o lo que da semillas, nada más). Y así, podemos definir un símbolo<sup>17</sup>, como la imagen de una cosa, que hace intuitivamente presente otra distinta, de modo directo e imperfecto, no completamente determinado, de manera que empezamos a poseer de algún modo lo simbolizado. El hombre se sirve de los símbolos para empezar a conocer y adueñarse de realidades que de momento no posee del todo, o que nunca podrá poseer plenamente, y que por ello no son racionalizables. La función simbólica corre a cargo de la imaginación, y desempeña en la cultura un papel de primer orden.

El hombre necesita de los símbolos, y también de los signos, para *relacionarse con lo ausente*, para ampliar el radio de la realidad poseída. El símbolo es la puerta de acceso al misterio y a lo misterioso. Negarlo es negar que haya realidades que superen nuestra capacidad de conocer, y eso es una posición precipitada (entre otras cosas porque apenas sabemos nada de nuestro origen y nuestro fin). El símbolo es una de las maneras que el hombre tiene de *materializar lo espiritual* y de superar la distancia que le separa de las realidades de las que quiere apropiarse. La capacidad de usar símbolos deriva de esa singular capacidad de referirse a lo no presente, a lo que no está delante, al futuro y al pasado.

Se deriva de aquí una conclusión importante: muchas acciones expresivas y muchos objetos culturales son simbólicos porque plasman materialmente esas referencias que el hombre hace a realidades ausentes. Por ejemplo, hay acciones simbólicas ligadas al uso de objetos que también lo son. Acciones simbólicas son

16. BALDWIN, *Dictionary of philosophy and psychology*, MacMillan, Gloucester, 1960, vol. 2, 140.

17. J. PEÑA, *Imaginación, símbolo y realidad*, cit., 41-47.

aquellas en las cuales la utilización de un objeto o gesto simbólico viene acompañada por el don o recepción de algún bien, superior al símbolo, pero representado por él. Así, la entrega de las llaves de la ciudad al rey simboliza que se le da el poder sobre ella. La entrega de los anillos y las palabras que intercambian los novios significan (y realizan) la promesa mutua de entrega. La señal de la cruz y las palabras que absuelven del sacerdote sobre el penitente simbolizan (y realizan) el perdón de los pecados. La exhibición de la tarjeta roja a un futbolista significa (y realiza) su expulsión del campo de juego. Un doctorado *honoris causa* simboliza el reconocimiento de una comunidad a la sabiduría eminente. El beso es una acción que simboliza variadas formas de amor, etc.

Las acciones simbólicas suelen realizarse mediante *las ceremonias*, y expresan muchas veces la entrega y/o recepción de bienes inmateriales. Hoy en día la comprensión de su sentido se ha debilitado: se pueden ver como puros actos de cortesía y estimación, o de táctica política interesada, rituales obligados, trámites. En otras épocas, las acciones simbólicas se han vivido con más intensidad, como actos que producen lo que significan y que exigen una atmósfera de solemnidad festiva. La barbarie y desigualdad social propias de esas épocas no deberían estorbar la valoración adecuada de cosas poseídas por ellos que hoy valoramos poco. Las acciones simbólicas no son reliquias del pasado, en tanto siguen siendo necesarias para expresar realidades que están más allá de la lógica y de la utilidad. De todos modos, en nuestros días seguimos celebrando algunos de los grandes símbolos (la boda, el nacimiento de un hijo, el amor, etc.).

## 12.5. EL ARTE: SUS DIMENSIONES

La función simbólica mira, entre otras cosas, a una cierta apropiación de lo no presente. Hay al menos tres modos de llevar a cabo esa apropiación: *la magia, el juego y el arte*. La magia es algo radicalmente distinto del trabajo, pues éste nace del esfuerzo del trabajador y de la capacidad propia de los medios empleados. La magia, por el contrario, consiste en dominar y poseer una realidad ausente, por medio de una palabra, un signo o una acción que «capturan» esa realidad y la ponen a disposición del «mago». Lo mágico es lograr fines con medios desproporcionados<sup>18</sup>, lograr los medios para ahorrarse el esfuerzo que exige la manipulación de las cosas, lograr atajos.

Ya hemos hablado del juego, aunque falta señalar que en él es un elemento esencial el que lleve a cabo una representación de algo que no es real *como si* fuera *de verdad*. La representación propia del juego tiene carácter simbólico: el niño

18. Toda tentación de lograr resultados demasiado fáciles es una recaída en la magia, y por tanto un cierto fraude, una vez que la ciencia y la técnica nos han enseñado que los procedimientos mágicos son una manera primitiva y engañosa de querer alcanzar los fines que nos proponemos; cfr. L. POLO, *Quién es el hombre*, cit., 176.

maneja los coches de juguete *como si* realmente andaran, y para jugar con él hay que hacer lo mismo. El niño deja de ser tal cuando, vestido de indio, deja de ver un sendero peligroso para caer en la cuenta de que no es más que el parque de su barrio y que él está, literalmente «haciendo el indio». O se vive lo jugado como importante y real o no se juega. Pasa lo mismo con el ajedrez: se puede jugar para ganar, e incluso hacer trampas, pero entonces no es un juego sino un *medio para* otra cosa (la victoria). Hay juego en verdad sólo si lo que se busca es *jugar*, al tiempo que eso se toma como una actividad máximamente seria (no hay nada más lógico y frecuente que un enfado porque alguien no se está tomando el juego *en serio* —el «vaquero» que se niega a morir, el otro que salta varias cuadrículas del tablero, el que no se mete en el partido, etc.). El juego tiene la virtud de cambiarnos de realidad.

Resta ahora volver los ojos a esa realidad humana maravillosa que es el arte. La belleza es un valor que en cierto modo convierte en fines a los seres que la tienen, porque éstos se vuelven por sí mismos preferibles. El arte es la actividad humana creadora de belleza. Se trata de un despliegue de la inteligencia y la voluntad creativas, es toda obra cultural dotada de belleza. Tiene, también, las cuatro dimensiones propias de toda obra cultural<sup>19</sup>:

1) Lo primero que aparece en el arte antiguo es su función simbólica: las obras de arte tienen al principio una finalidad de uso mágico (pinturas rupestres, totems) y religioso (ídolos, dioses), pues miran a hacer presentes a los espíritus, seres o animales representados. El arte es una respuesta al misterio de las fuerzas cósmicas y naturales, que el hombre trata de apropiarse. El arte siempre ha tenido una finalidad que no es la mera expresión de estados subjetivos, sino la representación del misterio, de lo espiritual, de lo lejano. *No se* pueden entender las obras de arte al margen de su referencia a las realidades en ellas representadas.

2) La realización del objeto artístico es difícil: requiere una pericia que los clásicos llamaron *tejné*, (técnica y arte) o, en latín, *ars*. Durante muchos siglos el arte y la técnica formaron una unidad: la túnica y la máscara de un sacerdote, o las armaduras, eran objetos que tenían valor instrumental, pero también forma artística. Todavía hoy la arquitectura es *ars*, una técnica constructiva, y al mismo tiempo un arte, en el sentido pleno de la palabra. Se dan unidos en ella el conocimiento técnico de los modos de construcción con el sentido estético en la distribución de espacios y formas.

Las formas premodernas de arte eran principalmente *artesanía*, *ars* realizada por gentes expertas en una técnica determinada. Pero la función simbólica seguía siendo decisiva en ellas, pues estaban al servicio de la comunidad: el arte expresaba y materializaba los bienes comunes, preparando los espacios y objetos necesarios para las acciones simbólicas. Quizá las plazas del renacimiento italia-

19. Para ilustrar esta idea se puede consultar E. H. GOMBRICH, *Historia del arte*, Alianza, Madrid, 1992, 3-30.

no sean un claro ejemplo de ello: lugares bellos, de reunión, para ejercitar la política y para mostrar el poderío de una ciudad y de unos gremios. En estas formas de arte (basta pensar en las catedrales góticas) la obra se eleva por encima del artista, que suele incluso ser anónimo, pues éste se limita a expresar artísticamente los bienes comunes, propios de su tradición.

3) El arte moderno comenzó pronto a separarse de la técnica, porque ésta se unió a la ciencia, exigiendo una excesiva especialización para llegar a dominar el mundo. Son entonces progresivamente superadas las antiguas formas mágicas, míticas y literarias de sabiduría, y se sustituyen por la ciencia moderna. Se acentúa e independiza desde ese momento, y cada vez más, la función expresiva del arte, en cuyas obras se busca sobre todo la plasmación de una belleza estética.

«La historia de la civilización occidental es la historia de la progresiva autonomización del arte»<sup>20</sup>, que se hace cada vez más independiente de su finalidad social. Aparecen entonces, con brillo propio, el autor y el destinatario individual de la obra de arte, el valor formal y expresivo de la belleza estética, su fuerza representativa de la realidad y la verdad artísticamente expresadas, la importancia de las condiciones subjetivas de inspiración e imaginación del autor, la creciente importancia de la figura del artista, su reconocimiento social, etc. En el arte moderno la función expresiva del arte pasa a ser con mucho la más importante, y el arte del pasado es visto también desde esta perspectiva. En la medida en que se acentúa la búsqueda de la belleza como un fin independiente de la utilidad, el arte se convierte en un territorio autónomo, regido por las leyes estéticas.

Si volvemos la mirada al arte actual, veremos en él dos grandes territorios bien diferenciados. En uno ha desaparecido la utilidad de la obra artística y todo uso de ella que sea distinto a su pura contemplación y estudio. En el otro pervive ante todo la función productiva, puesta al servicio de una utilidad completamente especial, y que llamaremos ornamental o decorativa.

El primer territorio pertenece a la actividad artística que sólo busca la belleza, y está representado de modo arquetípico por *la poesía*. La poesía reside en el valor expresivo y en la belleza de las palabras, que son las que hacen presente la realidad nombrada. Lo mismo puede aplicarse a las piezas maestras de la música, aunque el valor acompañante de ésta para otras dimensiones de la vida es muy grande. Muy relacionado con éste está el de los mundos imaginados por las artes literarias (teatro, novela, etc.) y por el cine. Los mundos-ficción que el hombre crea son escenarios privilegiados del arte y la creatividad humana. El territorio autónomo de los mundos ficticios es expresión de lo que constituye la riqueza simbólica del hombre, recreación e imitación de una realidad evocada, al servicio de la necesidad humana de encontrar el sentido de las cosas.

20. D. INNERARITY, *La irrealidad literaria*, EUNSA, Pamplona, 1995, 98. Para ilustrar este proceso, cfr. *ibíd.*, 48-60, 96-103.

Este territorio de realidades imaginarias creadas por el arte no es mero capricho, una especie de entretenimiento banal o poco serio. Más bien, por medio del arte, la narración literaria, y en general las acciones simbólicas, se constituyen los modos humanos de encontrar el verdadero sentido de las cosas. Ésa es su función irrenunciable. ¿Por qué? Porque el sentido de los seres, de la vida y del mundo no se conoce por medio de un tratamiento puramente científico de la realidad. La persona actúa, pero para saber hacerlo necesita tener una dirección que tomar, encontrar un sentido reconocible en las cosas que encuentra en su camino. Para descubrir el sentido de lo que le rodea y de su propia conducta, el hombre necesita *explicaciones* que le ayuden a reconocer el valor y la belleza que los seres tienen de por sí, a conocer y querer lo bello, lo incondicionado, lo valioso.

La racionalidad científica, por ser analítica, no descubre el significado de lo humano y lo natural, porque lo abstrae y lo separa del tiempo. Cuando esa racionalidad pretende erigirse en punto de vista privilegiado se vuelve insoportable. Se hace necesario entonces el regreso a formas de «iluminación de la realidad» que hagan manifiesto en ella «un sentido reconocible», que le dé «familiaridad con el espíritu humano»<sup>21</sup>. Ese recobrar la significación global del mundo se hace a través del mito, de la narración poética, de las ficciones, etc. Es decir, por ser la vida humana temporal y limitada, su sentido se muestra en formas de conocimiento que de forma simbólica nos explican las realidades presentes y nos acercan las ausentes, de un modo que la ciencia positiva no alcanza a captar<sup>22</sup>. Se puede afirmar que el fin del arte es expresar el sentido y la belleza de las cosas.

En el mundo del arte y la literatura, las formas bellas se consiguen con el uso, genial y acertado, de los medios expresivos que el artista posee. Es un arte que busca un espectador, un receptor. La cultura europea ha desarrollado extraordinariamente este aspecto de la cultura, como vehículo comunicativo de dos subjetividades, sobre todo gracias al desarrollo de la escritura y la lectura individuales<sup>23</sup>. Sin embargo, no conviene olvidar que el discurso narrativo, y la capacidad artística y representativa, es empleado por el hombre con el fin de expresar y transmitir modelos de los que se ha sacado un conocimiento y una experiencia que se quiere transmitir. La función expresiva del arte es también comunicativa de aquellas verdades, valores y bienes comunes que constituyen el patrimonio de una comunidad<sup>24</sup>. Una consideración puramente solipsista de la actividad de creación

21. D. INNERARITY, *La irrealidad literaria*, cit., 119.

22. El movimiento romántico, como muchos otros intentos culturales de los siglos XIX y XX, pretendió devolverle al arte su lugar propio en la vida humana, frente al privilegio de la razón abstracta del racionalismo; cfr. D. INNERARITY, *Hegel y el romanticismo*, cit., 59-80.

23. D. INNERARITY, *La irrealidad literaria*, cit., 61-93.

24. La comprensión del arte, aunque haya de ser hecha en el silencio de la intimidad, no es nunca una experiencia meramente subjetiva, puesto que por esencia significa entrar en diálogo con una obra que está ahí, y, a través de ella, con su autor y con los valores que expresa.

y contemplación artística olvida que la cultura es, ante todo, manifestación y esperanza de diálogo.

## 12.6. LA TRANSMISIÓN DE LA CULTURA, O EL ARTE DE EDUCAR

A lo largo de estas páginas se han hecho ya muchas indicaciones sobre lo que es *educar*. Al proceso de socialización primaria, mediante la cual se aprende a vivir dentro de la familia, lo llamamos formación de la personalidad humana. Aprender a ser hombre o mujer consiste en aprender a dirigirse a uno mismo, y lograr la armonía del alma gracias a la educación moral de los sentimientos. Conducir la propia vida es aprender el arte de vivir. Esto implica que educar es enseñar no sólo conocimientos teóricos, sino sobre todo modelos y valores que guíen el conocimiento práctico y la acción, y ayuden a adquirir convicciones e ideales, logrando una educación en los valores y en las virtudes. Educar es entonces cumplir la función perfectiva de la autoridad: comunicar la excelencia.

Enseñar la verdad también es educar. La verdad científica va de la mano de la técnica, que es su aplicación: la enseñanza de ambas ayuda a incorporarlas de tal modo que pueda adquirirse *una profesión*, por medio de la cual el ser humano se instala ocupando su puesto en la sociedad, a la vez que adquiere el punto de vista desde el que poder aportar realidades nuevas al lugar en que se vive. Por eso mismo el paro forzoso es un atentado tan grande contra la persona humana: es impedir que alguien pueda ser útil, a la vez que se le hace saber que no lo es: se le pide que no moleste, que ya se le pagará un subsidio o una jubilación anticipada, pero que no tiene nada más que darnos. Condenar a alguien a la mera *supervivencia* es desterrarle del mundo de los hombres. Precisamente por ello la profesión es un asunto tan importante.

Parte de esta enseñanza acerca del pasado es la transmisión de la cultura. No hay verdadera educación sin transmisión de cultura, sin enseñanza de los gestos, palabras, acciones de quienes nos han precedido. La cultura forma el depósito donde encontrar el sentido de las realidades que para nosotros son valiosas. La cultura, como enseñó Hegel, es el lugar donde se trasciende el estrecho marco de las ocurrencias particulares, de las voluntades interesadas. Sin aprendizaje no hay hombre.

La asimilación de la cultura no puede hacerse individualmente más que en pequeña medida: educar no es una mera transmisión de conocimientos. Consiste en transmitir ideales y tareas vitales, pero eso tan sólo se consigue por medio de una relación de amistad, también entre el educador y el discípulo: los lugares donde más se aprende son aquellos en los que reina la confianza.

Al mismo tiempo, la educación, como comunicación de la excelencia y transmisión de la verdad, exige una cierta *auctoritas* en el que enseña, a la vez que



pone en juego la capacidad de amar, de meterse en la piel del educando, de no limitarse a una tarea burocrática, sino que cada uno tenga su valor personal en ella. «Formarse como educador exige aprender a ayudar»<sup>25</sup>. La realización de los actos propios del amor, y por tanto también la tarea de educar, son un hábito que se aprende cuando se realiza y que por eso tiene como nombre más apropiado no el de ciencia, sino el de moral o arte<sup>26</sup>. Enseñar, formar, es una tarea cargada de responsabilidad, en la medida en que lo que en ella se negocia es la aportación al modo de ser del discípulo. No cabe hacer compartimentos estancos, especialmente cuando nos referimos a la formación en los períodos de crecimiento: cualquier intento de neutralidad en este sentido ya significa haber optado por la constitución de mentalidades relativistas, vacías de sentido, vacías de finalidad.

Educar es un saber práctico, puesto que consiste en enseñar a otro a comportarse: «el arte educativo está lejos de consistir en un mero andamiaje externo de ayuda al desarrollo o crecimiento de la persona, sino que consiste en una actividad que entra dentro de la intimidad del educando, ya que no se puede llevar a cabo sin diálogo»<sup>27</sup>. Por eso, «sin amor y sin diálogo no hay educación posible: lo propio del artista es que, arrastrado por su amor, hace aparecer algo nuevo, una nueva pieza de valor inefable, única. La técnica mecánica repite, la ciencia repite; el artista hace siempre piezas únicas», como el educador.

Hacia esta dimensión personal de la educación tiende toda relación docente y discente de transmisión de conocimientos. Por eso las personas dedicadas a esa tarea profesional deben esforzarse en convertir la técnica profesional en tarea e ideal, abierta a valores y virtudes no estrictamente útiles. Las instituciones educativas actuales no tienen resuelta esta unidad entre la transmisión de conocimientos y técnicas y la dimensión práctica y personal de la educación. El diálogo entre profesión, ciencia, valores e ideales es muchas veces una necesidad imposible, que anuda una buena parte de las preocupaciones de los pedagogos de hoy, y justifica por qué la educación no es sólo transmitir técnicas, sino cultura y valores.

La universidad añade a esta escisión entre lo científico-técnico, y lo íntimo, otro problema: la necesidad de darle a la ciencia y a la profesión, un sentido humano por medio de una visión global y armonizada de los distintos saberes. La clave de todo ello estriba en *la personalización* de la relación entre profesor y alumno, tratando que esa relación desemboque en la realización del sueño académico por excelencia: una universidad constituida no por profesores y alumnos, sino por maestros y discípulos. Es decir, un lugar en el que lo dominante no sea ni el monótono discurso repetitivo ni la pasividad de *copiadores profesionales* de apuntes a la que tantos han reducido el contenido de su formación académica.

25. R. ALVIRA, *Reivindicación de la voluntad*, cit., 138.

26. Cfr. *ibíd.*, 135.

27. *Ibíd.*, 138.